

# Dulce

juan romeu



Se encontró a la poesía una princesa  
y le preguntó por qué estaba tan  
triste:

¿Por qué estás di, poesía, tú tan triste  
si tienes a tu lado a una princesa?

La poesía miró y vio a la princesa  
y volvió a sonreír su boca triste:  
Hasta ahora yo he estado siempre  
triste.

Hasta que te he mirado a ti princesa.

Preguntó la princesa a la poesía:  
¿Y cómo secuestraron tu alegría  
despertando tus lágrimas penosas?

Respondió temblorosa la poesía:  
Robaron de mis versos algún día  
los cisnes, las princesas y las rosas.

La princesa está  
triste

¿Qué le pasaba a la rosa?  
¿Qué le pasaba a la niña?

¿Por qué se reflejaba  
en los ojos de la niña  
la rosa pesarosa  
que esperaba en la viña?

¿Qué le pasaba a la rosa?  
¿Qué le pasaba a la niña?  
La niña amaba a la rosa.  
La rosa amaba a la niña.

¿Qué le pasaba a la rosa?  
¿Por qué buscaba a la niña?  
¿Por qué buscaba a la rosa?  
¿Qué le pasaba a la niña?

La niña estaba en la rosa.  
La rosa estaba en la niña.  
¿Qué le pasaba a la rosa?  
¿Qué le pasaba a la niña?

¡Ay! No llores tú, princesa,  
que no se ha caído el cielo  
con la lluvia.

¡Ay! No sufras tú, princesa,  
que eso de ahí es un charco  
de la lluvia.

¡Ay! Ríete tú, princesa,  
que es un reflejo del cielo  
y de la lluvia.

¡Ay! No llores tú, princesa,  
que tus ojos son el cielo  
y tus lágrimas la lluvia.

¡Ay! Ríete tú, princesa  
para que no te confundan  
con la lluvia.

Le dijo: Tú sueña siempre,  
que soñar no cuesta nada,  
y ella le dijo que nunca,  
que nunca nunca soñaba.

Que eran deseos sus sueños  
y sus noches esperanza.

Él le respondió que entonces  
siempre siempre deseara.

Ella le regaló un beso  
que duró hasta la mañana.  
Le dijo: Ojalá esta noche  
nunca nunca se acabara,  
y se apretujó en su pecho  
a su derecha acostada.

Le dijo que siempre siempre  
dormiría en su cama.

Eran sus deseos sueños  
y sus noches esperanza.

La rosa estaba segura  
en el jardín junto al viento  
porque éste no le arrancaba  
sus immaculados pétalos.

Le dijo el viento a la rosa.  
Le dijo a la rosa el viento:  
Si no me lo pides, nunca,  
nunca arrancaré tus pétalos.  
¿Por qué querría arrancarte  
tus immaculados pétalos?  
¿Para qué querría yo  
si no son tuyos tenerlos?

Segura estaba la rosa  
en el jardín junto al viento  
porque él la respetaba  
y respetaba sus pétalos.



¡Enamórate, rosa!  
Ya estoy enamorada.  
Si en verdad lo estuvieras,  
no estarías tan blanca.

Yo he visto rosas rojas  
amantes del amor  
y por enamoradas  
ése era su color.

¡Ay! No me digas eso,  
que yo por el amor  
me puse así de blanca,  
pues di hasta mi color.

Que no llore la princesa,  
que los duendes que la miran  
no quieren ver la tristeza  
en sus mejillas.

Que no llore la princesa,  
que se pone muy feíta  
y su cara de azucenas  
se marchita.

Que no llore la princesa,  
que también lloran las niñas,  
que hay un príncipe que espera  
su alegría.

Que no llore la princesa,  
que se apagan sus mejillas  
y las lágrimas secuestran  
sus pupilas.

Que no llore la princesa,  
pero si llora algún día,  
habrá un ángel que devuelva  
su sonrisa.

Cisne, cisne, ¿por qué lloras?  
¿Cómo no voy a llorar  
si no hay quien conmigo rime  
como con los demás?

Pues para que tú no llores,  
dulcisne voy a inventar.  
¿y qué es dulcisne poeta?  
¿Y qué es dulcisne Juan?

Es la lágrima más dulce  
que una princesa jamás  
ha llorado por el príncipe  
que nunca la amará.

Miró una gota de lluvia,  
al caer, a una princesa  
y la princesa lloraba  
de una profunda tristeza.

Dijo la gota en el cielo,  
antes de llegar a tierra:  
Ojalá yo hubiera sido  
una lágrima de esas.

Pero comprendió que nunca  
sería de una princesa  
una lágrima preciosa  
que llorara de tristeza.

La vio la princesa entonces  
mientras caía a la tierra  
y se le acercó corriendo  
con su palma a cogerla  
para que no se estrellara,  
para que no se cayera.

Pero la gota cayó  
y lloró más la princesa;  
la gota la pudo ver  
desde el suelo ya muerta

y pudo ver que lloraba  
y se puso muy contenta,  
pues la princesa lloraba

diez mil lágrimas por ella.

La princesa suspiró  
diciendo a la gota muerta:  
Ojalá hubiera llorado  
una lágrima tan bella,  
una gota como tú  
que ya está ahora muerta.

La gota se evaporó  
soñando con la princesa  
y la princesa lloró  
diez mil lágrimas por ella.

Tenía la princesita  
una linda margarita.  
Pensando que era una rosa  
quiso ser así de hermosa.  
No comprendía que ella  
era la rosa más bella.

La coqueta margarita  
se creía muy bonita  
y se creía la rosa  
de las rosas más hermosa.

Engañó a la princesita,  
la engañó la margarita.  
La princesita lloraba  
y la margarita gozaba.

Se vio entonces muy feíta  
al mirar la margarita  
su carita reflejada  
en la carita mojada  
de la dulce princesita  
y supo la margarita  
que en verdad no era la rosa  
de las rosas más hermosa.  
Vio que era la margarita  
de las flores más feíta  
y, mientras ella lloraba,  
la princesita hablaba:

No llores tú, margarita  
que para mí eres bonita  
aunque no seas la rosa  
de las rosas más hermosa.

La coqueta margarita  
volvió a creerse bonita  
y no quiso ser la rosa  
de las rosas más hermosa.  
Quiso ser la margarita  
que amaba la princesita.

La princesita la amaba  
y en su pecho la apretaba.  
Creía ser más bonita  
que ella a la margarita.  
No comprendía que ella  
era la rosa más bella.



No daré nunca mi flor  
a quien no quiera  
guardarla en su corazón  
y para siempre tenerla.

No daré nunca mi flor  
-me decía la princesa-  
a quien no me dé su amor  
con las manos bien abiertas.

Yo no te pido tu flor  
-le respondí a la princesa-  
sino el amor  
que se agazapa tras ella.

Yo no te pido tu flor  
pero si me lo pidieras  
en mi dulce corazón  
la guardaría eterna.

¡Ay! Pues toma tú mi flor,  
mi virgen flor de princesa,  
pues tu verdadero amor  
me ha prometido quererla.

Sangrando me dio su flor,  
su flor me dio la princesa  
y la metí en mi corazón  
para siempre ya tenerla.

Sangrando en mi corazón  
la flor de la princesa  
riega mi sangre de amor  
y juguetea por mis venas.

¡Oh, virgen flor  
de la princesa!  
¡Oh, virgen flor  
de felicidad eterna!

A mi ahijada

Isabelita

por su primer cumpleaños.

Se mojó el cisne las alas.  
No llores tú, Isabel, no,  
que se mojaron sus plumas  
pero no su corazón.

Cegó los ojos del cisne,  
cegó sus ojos el sol,  
¡ay! reflejado en el agua,  
pero no en su corazón.

Observó el cisne en la orilla  
una vergonzosa flor  
y la guardó para siempre  
dentro de su corazón.

Cuando las nubes robaban  
del estanque su color,  
la florecilla brillaba  
dentro de su corazón.

Y al morir la florecilla,  
y al morir también su olor,  
guardó el cisne su recuerdo  
dentro de su corazón.

Cuando se mojen sus alas  
y sus ojos ciegue el sol,

no llores tú, Isabelita,  
no llores tú, Isabel, no.

Llora sólo, Isabelita,  
llora sólo por amor,  
cuando descubras que el agua  
inunda su corazón.

Tendido en la orilla el cisne,  
muy débil ya, se murió  
y brotó una florecilla  
de su muerto corazón.

Lloraba el cisne. Lloraba.  
Cuando no estaba su flor  
él la añoraba.

Lloraba el cisne. Lloraba.  
Teniendo al lado a su flor,  
temiendo que se marchara.

Lloraba el cisne. Lloraba.  
Con su flor y sin su flor  
el cisne de amor lloraba.

Vi juntos una vez en el lago  
al cisne y a la princesa nadando.  
¡Ay! Que los dos estaban muy  
blancos.

¡Ay! Muy blancos.

Vi juntos una vez reflejados  
al cisne y a la princesa en el lago.  
¡Ay! Que los dos seguían muy  
blancos.

¡Ay! Muy blancos.

Vi una vez a una flor en el lago  
y le pregunté por qué eran tan  
blancos.

¡Ay! Que los dos siempre han sido  
muy blancos.

¡Ay! Muy blancos.

¡Ay! Que yo siempre había soñado  
princesas rosas y cisnes dorados.

¡Ay! Que yo no los soñaba blancos.

¡Ay! Muy blancos.

Alguna vez le arrancó  
a un cisne una pluma de oro  
un ángel y me la dio  
como dándome un tesoro.

Me dijo que la guardara  
en una caja de madera  
y que de ella me acordara  
si mi corazón sufriera.

Aunque el ángel se marchó  
siempre guardé su tesoro  
y nunca se me olvidó  
aquella pluma de oro.

Pero un día se escapó  
no sé cómo mi tesoro  
y ya nunca regresó  
al cofre la pluma de oro.

Creí que no volvería  
sin la pluma a sonreír  
pero el ángel volvió un día  
y me comenzó a decir:

Por aquella pluma de oro  
no te pongas tú tan triste,  
pues ahora es tu tesoro  
recordar que la tuviste.



¡Ay! Que hoy he visto las rosas  
reflejadas  
en el agua corrupta del estanque  
y he visto su color de enamoradas  
y sus pétalos de almas sonrojadas  
en columpios plomizos del estanque.

He pensado que habrá quien les  
arranque  
los pétalos con manos desalmadas  
mas no habrá nunca quien de mi  
alma arranque  
sus pétalos a las rosas del estanque.

¡Ay! Pero he visto las manos  
desalmadas  
de la muerte paseando en el  
estanque,  
dejándolas sin pétalos tronchadas.

¡Ay! Que las creí en mi alma  
asesinadas;  
pero al verlas de nuevo reflejadas  
en el agua corrupta del estanque  
he visto su color de enamoradas  
y sus pétalos de almas sonrojadas  
columpiándose aún en el estanque.

¡Ay! Que nunca habrá quien de mi  
alma arranque

sus pétalos a las rosas del estanque.

Me contaron las ninfas de los  
bosques,  
las dríades unidas a los árboles,  
que los árboles ríen,  
que los árboles lloran,  
que los árboles piensan  
y también se enamoran.  
Yo les pregunté entonces  
cómo eran sus amores  
y ellas me respondieron que sus  
hojas  
eran las lágrimas de sus corazones.  
Que no besan los árboles  
ni abrazan a las flores.  
Que no hacen el amor con las  
praderas  
ni con los caracoles.  
Que no se besarán con las abejas  
ni con los ruiseñores.  
Porque los árboles,  
                  los tristes árboles  
¡ay! porque son inmóviles.  
Que sus hojas son lágrimas  
¡ay! de sus corazones.  
Y los árboles ríen,  
y los árboles lloran,  
y los árboles piensan  
y también se enamoran,  
pero nunca, nunca, pero nunca  
aman,

pero nunca podrán mover sus ramas.

Me alejé de las ninfas de los bosques,  
de las dríades tristes  
antes de que lloraran  
y antes de que mi corazón arbóreo  
de tristeza se deshojara.

Fui a llevarle a mi rosa  
una sábana muy blanca  
para que no tuviera frío,  
para que no se constipara.

Ella estaba solita  
en el jardín junto al agua  
y al verme sonrió  
y me dio las gracias.

-No me des las gracias tú.  
No me des tú las gracias,  
que te las debiera dar yo  
por amarme como me amas,

y por estar aquí siempre  
en el jardín junto al agua  
para que pueda verte  
cuando me hiciere falta.

Mi rosa me dio un beso  
de lo alegre que estaba  
y me dijo que era tarde  
y que ya me marchara.

Cuando estaba lejos  
oí que murmuraba  
que yo era su angelito  
y que yo le encantaba

y en su sábana, calentita,  
la oí decirme gracias.  
Yo me quedé pensando  
que mi rosa se equivocaba

pues en realidad yo  
debería dar las gracias.  
Mi rosa aún no comprendía  
que aquella noche mágica

ella fue mi alegría  
y mi esperanza  
y que el verla sonreír  
me había alegrado el alma,

y el verla calentita  
bajo mi blanca sábana  
me había llenado el corazón  
de sangre enamorada.

¡Ay! Que a la princesa  
no le gustan los patos  
pero sí los cisnes.

¡Ay! Que a la princesa  
le gustan los cisnes  
pero no los patos.

¡Ay! Que no le gustan los cisnes  
porque sean más bellos.

¡Ay! Que le gustan los cisnes  
y no los patos  
porque los cisnes encontraron  
una belleza interior  
detrás de su hermosura.

¡Ay! Que no lo gustan los patos  
porque sólo buscaban  
la belleza de la princesa  
en el reflejo del agua.

¡Ay! Que a la princesa  
le gustan los cisnes  
pero no los patos.

¡Ay! Que a la princesa  
no le gustan los patos  
pero sí los cisnes.

¿Dónde está la princesa?  
Se ahogó en el pantano.  
¿Y dónde está la rosa?  
La arrancó el hortelano.

¡Ay! Mi princesa rosa  
vestida tú de rosa.  
¡Ay! Mi rosa princesa  
vestida de princesa.

Te ahogaste en el pantano.  
Te arrancó el hortelano  
y no te di mi mano  
para escapar.

¿Dónde está la princesa?  
¿Y dónde está la rosa?  
No me lo preguntes, anciano.  
Que no les di mi mano  
para escapar.

¡Ay! Mi rosa princesa.  
¡Ay! Mi princesa rosa.

¡Ay! Mi lágrima hermosa.  
Déjame al menos darte a ti la mano  
para escapar, lágrima hermosa,  
para escapar.



¡Mira a la luna, princesa!  
No mires su reflejo  
moviéndose en el agua.

¡Mira a la luna, princesa!  
No la mires reflejada  
en el cisne que se va...

¡Mira a la luna, princesa!  
No la mires huyendo  
entre los árboles oscuros.

¡Mira a la luna, princesa!  
Y cuando la mires te alegrarás  
de que nunca baje del cielo.  
Y cuando la mires  
ya no querrás ser una estrella.

¡Mira a la luna, princesa!  
No mires su reflejo  
moviéndose en el agua.

¡Mira a la luna, princesa!  
Y cuando la mires  
y veas que ella te mira,  
entonces te alegrarás  
de ser una princesa.

¡Mira a la luna, princesa!

¡Mira a la luna, princesa!  
Y no llores tú más.

Quiso la dulce rosa  
sus pétalos cambiar  
por alas de mariposa  
para así poder volar.

Quiso la mariposa  
sus alas transformar  
en pétalos de rosa  
para poder aromar.

Ojalá la dulce rosa  
se llegue a enamorar  
de la triste mariposa  
y me pueda imaginar  
una criatura hermosa  
que arome y pueda volar.

Lloraba el caballero al despedirse  
de la rosa enamorada.  
Su armadura era de oro,  
su armadura era dorada.  
Una luciérnaga que le vio  
le dijo que no llorara:  
-¡No llores tú, caballero,  
que hoy has visto a tu amada!  
Respondió el caballero gallardo  
vencido por las lágrimas:  
-Sé que hoy la he visto...  
Sé que hoy he visto a mi amada,  
pero lloro porque sé  
que no la veré mañana...  
Que voy a pasar un día  
sin ver a mi amada...  
La luciérnaga encendida  
así le consolaba:  
-No llores tú, caballero  
que un solo día se pasa  
como una estrella fugaz  
en esta vida tan larga.  
Respondió el caballero  
de la armadura de lágrimas:  
¡Ay! Que no es solamente un día,  
que es un día sin mi amada.

La rosa mientras,  
dormidita soñaba  
con el gentil caballero

de la armadura dorada...

De un jardín en la suave intimidad  
un príncipe a una rosa le decía:  
-Mi corazón te ama tan sincero  
que por ti, rosa, todo lo daría.  
Cualquier nimio deseo que tuvieras  
yo te lo cumpliría.  
La rosa le pidió  
que le escribiera una poesía  
y el príncipe le prometió  
que se la escribiría.  
En su palacio el príncipe  
se llenó de melancolía,  
pues nunca había podido  
escribir una poesía.  
Llorando suspiró  
con tierna melodía  
estas palabras a la luna  
que desde el cielo le compadecía:  
-Nunca podré a mi rosa  
escribirle yo una poesía  
pero del amor que siento  
por ella yo moriría.  
Y llorando se tiró por la ventana  
por no haber sabido escribir una  
poesía  
y por no haber cumplido  
el deseo de su rosa querida.  
No sabía que sus últimas palabras  
habían sido una poesía.  
El viento recogió

del aire la poesía  
y perverso se la llevó  
a la rosa que dormía.  
Distinguió la rosa la voz  
del príncipe en la poesía  
y sonrió porque era verdad  
que su deseo se cumpliría.  
Había visto caer  
al príncipe una golondrina  
y se lo fue a contar  
a la rosa que sonreía.  
Lloró entonces las rosa,  
lloraba mientras decía:  
-Por pedir un deseo,  
por pedir una poesía  
he matado yo al príncipe  
a quien yo más quería.  
Lloraron también en la noche  
la luna y la golondrina  
y de tanto llorar llegó  
al cielo otra vez el día.  
El sol vio entonces llorar  
a la luna y la golondrina  
y a la tristísima rosa  
que en lágrimas se deshacía.  
Vio también al príncipe  
que muerto en el suelo yacía  
y le prometió a la rosa  
que cualquier deseo suyo cumpliría.  
La rosa quiso decirle

que le devolviera la vida  
pero a pedir más deseos  
la pobre no se atrevía  
y para reunirse con el príncipe  
acordándose de la poesía  
prefirió morir de amor  
y de tristeza aquel día.



En el vidrio angustioso de los fanales  
Pablo G<sup>a</sup> Baena

¡No metáis a la rosa en el fanal!  
¡No metáis a la rosa!  
¡Mirad a la princesa  
tan dulce y tan hermosa  
y con tanta libertad!

¡No metáis a la rosa en el fanal!  
¡No metáis a la rosa!

Preguntaron a la princesa,  
le preguntaron una cosa:  
¿De qué color serías  
si fueras una rosa!

La princesita se calló.  
No quería responder nada,  
mas su carita blanca  
se puso colorada...

Una vez una princesa  
encerrada en un palacio  
arrojó al suelo una rosa  
desde el torreón más alto.  
Deseó que la encontrara  
algún príncipe a su paso  
y a pesar de su tristeza  
sobrevivía esperando.  
¡Pobre princesa encerrada  
en el más bello palacio!  
¡Pobre palacio al que nunca  
un príncipe ha visitado!  
Ya su única alegría  
era seguir esperando  
al príncipe más apuesto  
que llegara a su palacio  
y que encontrara la rosa  
que ella había arrojado.  
Marchitando la esperanza  
días y días pasaron  
y el príncipe no pasaba  
galopando en su caballo.  
Casi muerta la princesa  
exclamaba susurrando:  
-Tal vez nunca ningún príncipe  
mi rosa se haya encontrado  
o quizás la haya abatido  
al pasar con su caballo.  
Sumergida en estas dudas  
subió al torreón más alto

e intentó observar la rosa  
que ella había arrojado.  
Tan alta estaba la torre  
que no se veía abajo  
y la princesa no vio  
a su rosa aún esperando.  
Pensando que ya no estaba  
la rosa abajo esperando,  
la princesa se tiró  
desde el torreón más alto  
queriendo ver si su rosa  
seguía allí esperando  
o si era verdad que había  
al torreón abandonado.  
En el aire la princesa  
vio a la rosa esperando  
y vio un príncipe cogiéndola  
con suavidad de su tallo.  
Comprendió que ya era tarde,  
pues ya se había tirado  
y lloró penosamente  
mientras se caía abajo.  
Una lágrima cayó  
del príncipe en la mano  
y miró el príncipe arriba  
para ver qué había pasado.  
Vio el príncipe a la princesa  
que se había suicidado  
y la consiguió agarrar  
con sus azuladas manos.

Con la caída la rosa  
se había despedazado  
y no quedó ya de ella  
más que un olor perfumado.  
Al despertar la princesa  
se vio cogida en los brazos  
del príncipe más hermoso  
que nunca habría soñado.  
Buscó entonces ya serena  
la rosa en sus bellas manos,  
pero la rosa no estaba,  
se había despedazado.  
Olió entonces la princesa  
el aroma perfumado  
que al quedar despedazada  
la rosa había dejado  
y se pensó que la rosa  
se había en él transformado.  
El príncipe la besó  
en sus labios asustados  
y ella se quedó dormida  
soñando en sus bellas manos.

Dime, niño, qué se siente  
si te besa dulcemente  
en los labios la princesa.

Dime, niño, qué se siente  
si te besa la princesa  
con sus labios en la frente.

Dime, niño, qué se siente  
si te mira de repente  
a los ojos la princesa.

¿Es que besa diferente  
que una madre la princesa?  
¿Es que mira diferente  
que una madre la princesa?

¡Ay! Dime si la princesa  
como una madre te besa.

El príncipe se ha ido  
y con él me despido  
y me voy a otro lugar...

De la rosa y la princesa  
me despido  
y se oye el graznido  
del cisne al navegar...

¿Qué tendrá la  
princesa?



Estoy aquí de nuevo, margarita.  
He vuelto, cisne, para veros.  
Ya no me dejéis irme lejos  
de vuestra dulce armonía.

Estoy aquí de nuevo, princesita.  
He vuelto rosa, para veros.  
Os he echado tanto de menos  
desde nuestra despedida...

¿Qué te pasa, princesa?  
¿Que el cisne ya no vuela?  
No te preocupes,  
quizá duerma.

¿Qué te pasa, princesa?  
¿Que el cisne no despierta?  
No te preocupes,  
quizá esté en una estrella.

¿Qué te pasa, princesa?  
¿Que el cisne no regresa?  
No te preocupes,  
quizá mañana vuelva.

¿Qué te pasa, princesa?  
¿Que ha muerto su belleza?  
No te preocupes,  
su alma te recuerda.

No, niña, no te vistas de princesa  
para estar tú más linda,  
que tú para mí eres  
la niña más bonita.

No, niña, no te vistas de princesa  
para estar más bonita,  
que te he querido siempre  
porque eres una niña.

Nadie visita el castillo en invierno.  
Dime, ¿qué haces, princesa, hasta el  
verano?  
¿No te parece eterno  
el tiempo de tu espera?

Sé que nadie viene a verme en  
invierno,  
la nieve me mantiene prisionera,  
pero el tiempo de espera no es  
eterno:  
¡Está la primavera!

Mientras se peina la princesa  
recuerda una canción  
y al cantarla se acuerda  
de su antiguo amor.

¿Quién en la voz de la princesa  
aquella canción escondió?

Mientras se peina la princesa  
llora... y canta una canción.

Se cayó una vez al agua  
una rosa muy bonita  
y un cisne la encontró  
muy cerca de la orilla.  
Tuvo pena de la rosa  
al verla tan bonita  
y la cogió con su ala  
dejándola en la orilla.  
Al no saber qué era  
la llamó Cosalinda.  
La rosa le dio las gracias  
y le besó en la mejilla.  
El cisne se marchó lejos.  
La rosa se quedó solita  
llorando por el cisne  
y esperándole en la orilla.  
Así pasaron los años  
y la rosa allí seguía  
esperando a aquel cisne  
que la llamó Cosalinda.  
Pero el cisne nunca vino  
mientras la rosa vivía  
y la rosa se murió  
esperando aún en la orilla.

Un día volvió el cisne  
a pasar por esa orilla  
y al ver a la rosa muerta,  
putrefacta ya y marchita  
como con asco exclamó:  
¡Qué cosa más feíta!  
No reconoció en ella  
a la pobre Cosalinda,  
a la que algún día  
salvara la vida.  
Cosalinda no le oyó,  
muerta estaba Cosalinda.  
La pobre murió creyendo  
que aquel cisne la quería

¡Sal ya de la ducha, princesa!  
¡Déjate ya de arreglar!  
Que te está esperando el príncipe  
y si tardas más se irá.



¿A dónde se fue la princesa?  
¿Por qué no regresa?  
¿Quién la enamoró  
con una promesa?

¿Quién enamoró a la princesa?  
¿Por qué no regresa?

¿A dónde se fue la princesa?  
¿Quién se la llevó?  
¿Y por qué aún siento que me besa?  
¿Por qué no regresa?

En la ventana de un palacio  
una princesa suspiraba  
y por encima de las olas  
el viento murmuraba...

En el interior de un palacio  
una princesa sonreía  
y en un aposento del cielo  
la luna se despedía...

Sobre la almohada de un palacio  
una princesita dormía  
y el viento y la luna intentaban  
averiguar qué soñaría...

Princesa, que tus lágrimas  
no son lágrimas de pena.  
Son gotitas que se escapan  
de la niebla.

Princesa, que tus ojos  
no están llorando de pena.  
Es la nostalgia, que viene  
con la niebla.

Aquella tarde amarga  
estaba tan triste el cielo,  
que el lago parecía  
una foto en blanco y negro.  
Gabriel Fernández

Estaban en el lago  
el cisne y la princesa.

La princesa miraba  
las nubes en la orilla.

El cisne nadaba a solas  
con los nenúfares.

Desde lejos no se sabía  
si el agua reflejaba,  
en su piel entristecida,  
a la princesa o al cisne.

...la princesa... la rosa...  
...y el cisne...  
...todos de blanca risa...  
...y, rozando sus bocas...  
...la brisa...  
...paseando en el aire...  
...sin prisa...  
...sin prisa...  
...sin prisa...

...la princesa... la rosa...  
...y el cisne...  
...todos de blanca risa...  
...y el poeta...  
...desde lejos...  
...los divisa...

La princesa se quejaba  
a la reina de Ambrosía  
por apartarle del príncipe  
que tanto la quería.

¡Ay , la pobre princesita!  
¿Cuándo comprendería  
que debía obedecer  
lo que su madre decía?

¡Ay, mi pobre princesita!  
¿Cuándo comprendería  
que más que cualquier príncipe  
su madre la querría?

Lloró. Lloró. Lloró.  
Porque la perdió.

Lloró. Lloró. Lloró.  
Jamás pensó  
que encontraría a alguien mejor.

Lloró. Lloró. Lloró.  
Y la belleza de la princesa  
con las lágrimas se perdió.

Lloró. Lloró. Lloró.  
Y cuando se quedó sola,  
un día le olvidó.

El cisne sonreía  
cada vez que la princesa  
se bañaba desnudita  
en el lago vestido  
de arlequín.

El cisne sonreía  
y viéndole sonreír  
la princesa cada día  
se bañaba desnudita  
en el lago vestido  
de arlequín.



Con la pobre princesita  
el príncipe se enfadó  
y la princesa pensaba  
que se escapaba su amor.

Sollozó toda la noche  
y, por llorar, más lloró.  
No sabía que sus lágrimas  
limpiaban su corazón.

No sabía que en su cuarto,  
refugiado en un rincón,  
temeroso de perderla,  
el príncipe también lloró.

La sonrisa de la princesa,  
¡cuánto darían por ella!  
y, sin embargo, tu corazón  
la desprecia.

La sonrisa de la princesa,  
puede que un día la pierdas  
y ya nunca tu corazón  
volverá a verla.

La sonrisa de la princesa  
¡cuánta dulzura refleja!  
Ya habrá otro corazón  
que la quiera.

Por fin se percató la princesa  
de que para ser feliz  
hacía falta la felicidad.

Por fin se percató la princesa  
de que para el amor  
no hacía falta llorar.

Por fin se percató la princesa  
de lo bonito que es amar.

El sol te guiña un ojo  
y la luna se pone celosa.  
En todo el cielo, amor,  
no hay una estrella tan preciosa.  
Pablo López de Sagredo

¡Celos!  
Tenía celos de la princesa  
la luna piripitesa.

¡Celos!  
Tenía celos de la princesa  
la rosa currucupesa.

¡Celos!  
Porque él amaba a la princesa,  
a la princesa arabesa.

## NANA DE LA PRINCESA

Se dormirá la princesa. Se dormirá  
entre almohadas de nubes  
y sábanas de mar;  
entre cisnes que nadan  
en lagos de cristal.

Se dormirá la princesa. Se dormirá  
entre estrellas fugaces  
y sueños de coral.

Se dormirá la princesa. Se dormirá  
y sus labios juguetones  
se irán a otro lugar.

Se dormirá la princesa. Se dormirá  
y soñará con un príncipe  
que siempre la amará.

Se dormirá la princesa. Se dormirá  
en un colchón de plumas  
y de felicidad.

Se dormirá la princesa. Se dormirá  
y el príncipe entonces  
dejará de cantar

Ya bosteza la princesa.  
Ya bosteza  
su boquita de cereza.

Ya bosteza la princesa.  
Ya bosteza.  
Dejémosla que se duerma...

Ya no llora la rosa.  
Ya no lloran  
sus pupilas rojas.

Ya no llora la rosa.  
Ya no llora.  
Dejémosla que ría ahora...

Ya navega lentamente  
el cisne por la fuente.  
Ya no siente.

Ya se aleja dulcemente  
el cisne por la fuente.  
Dejémosle que se aleje...

